

**Javier Manjón**  
**EL EVANGELIO DEL SILENCIO**



*E inclinándose de nuevo hacia el suelo, siguió escribiendo en tierra.*

San Juan 8:7-11

## Capítulo 1

# La carta de Alejandro

Transcurrían los últimos días del mes de agosto. Después de una jornada calurosa, se adivinaba en la ciudad de Toro un atardecer más agradable gracias a un repentino soplo de viento que comenzaba a acariciar sus calles. Pierre Marty había llegado a la villa tan solo unas horas antes. La leyenda que envuelve sus travesías, plazas y monumentos pronto sedujo al veterano y elegante historiador francés, conocedor de la profunda memoria que guarda este municipio de la provincia española de Zamora. Marty decidió aprovechar las primeras horas de la tarde para refrescarse y descansar en su alojamiento.

Con el crepúsculo, comenzó a dar un pequeño paseo en torno a su hotel. Desde el mirador del Espolón, situado en un cerro sobre la vega del Duero, la vista era magnífica. Decenas de trazos de diferentes tonalidades se sobreponían a lo largo del río, como en una postal que se alcanzaba a ver varios kilómetros. Tras haber caminado durante treinta minutos, pensó sentarse en una terraza y esperar en aquel lugar a sus dos viejos amigos. Así podría disfrutar del espectáculo que le mostraba la naturaleza y de su otra gran pasión: una buena copa de vino. La primera en llegar a la cita fue Carmen Navarro. El largo tiem-

po transcurrido desde su primer encuentro en París se reflejaba fielmente en el rostro y el cabello de su amiga. Sin embargo, a pesar de los años, la curtida periodista aún conservaba los rasgos y el atractivo de la bella mujer que fue.

—Espero que no te hayas atrevido a pedir un Burdeos —le advirtió mientras avanzaba hacia su mesa.

Sabía que Pierre era un gran amante de los vinos, en especial de los que procedían de su lugar de origen. No en vano, el historiador contaba con una inmensa bodega particular en Château de L'Isle-Blanc, su residencia habitual en Francia.

—¡Mi querida Carmen! Permíteme que te vea. ¡Estás espléndida! —exclamó Marty alborozado.

Sin darse cuenta, recorrió con los ojos la extraordinaria figura de la periodista, que lucía un elegante traje de chaqueta beis combinado con una blusa blanca de seda. Llevaba el cabello recogido y gafas de sol, que pronto se retiró para saludar a su amigo.

—¡Qué alegría volver a verte, Pierre! —Carmen mostraba un tono exultante.

Se sentía feliz por la oportunidad de encontrarse con su colega. Ambos se fundieron en un largo y cálido abrazo. Tras unos segundos, se tomaron de las manos casi por instinto.

—*Ton sourire m'attire comme pourrait m'attirer une fleur* —añadió Marty en su lengua materna, a pesar de que hablaba un perfecto castellano.

—Por favor, Pierre, tan halagador como siempre. Sabes que no deberías decirme esas cosas; aún me podría enamorar de ti —bromeó la periodista empleando un sugerente tono de voz.

Carmen comenzó a reír y Marty le respondió con otra carcajada. Su risa era dulce, fresca, serena. Por un instante, ambos parecían haber vuelto a su juventud, a los formidables años que pasaron juntos en la Universidad de la Sorbona, donde se conocieron. Aquellos interminables paseos por el jardín de Luxem-

burgo, debatiendo sobre política, historia o cualquier tema que estuviera de actualidad en el París de los años sesenta.

—¡Permíteme darte otro abrazo! —exclamó Carmen al tiempo que abría un poco los brazos—. Han pasado... ¡cuatro años desde la última vez que nos vimos en Madrid!

—Cuatro interminables años —respondió Pierre mirándola fijamente a los ojos—. Por cierto, en aquella ocasión me prometiste una visita a Burdeos; estás en deuda conmigo —le reprochó en tono burlón.

—No lo recuerdo —susurró Carmen y le sonrió—. ¿Estás seguro de eso? —ambos empezaron a reír de nuevo.

—Escucha, sentí muchísimo no poder asistir al funeral de Alejandro —le dijo Marty suavizando la voz, sin soltar las manos de ella.

—Lo sé, Pierre, fue un duro golpe. Llevábamos muchos años divorciados, pero nunca dejamos de ser buenos amigos. Era un gran historiador y, sobre todo, una persona maravillosa.

Carmen recordó imágenes del pasado, de los días en que ambos disfrutaban juntos, del nacimiento de su hija Sara.

—Una verdadera lástima —añadió Marty liberando las manos de la periodista.

—Así es. Muchas gracias, Pierre —de pronto, Carmen dirigió la mirada hacia la impresionante vega del Duero—. Por cierto, este lugar es asombroso. ¿Me puedo sentar con usted, caballero? —le preguntó fingiendo un tono casi aristocrático.

Sin esperar la respuesta de su entrañable amigo, la periodista se sentó a su lado. Durante unos segundos, ambos perdieron la mirada en el horizonte mientras se dejaban arrullar por el dócil viento de aquella tarde veraniega.

—Bueno —comenzó a decir Carmen alargando al máximo la palabra—, ¿has podido averiguar algo más sobre el enigmático mensaje de Patrick y nuestra cita? Desde que lo recibí, me tiene bastante intrigada. He intentado hablar en varias ocasiones con

él, pero no lo he logrado. Supongo que no dispone de la mejor cobertura en la zona de las excavaciones.

—Yo tampoco he conseguido hablar con Patrick; de hecho, esperaba que tú sí hubieras podido —respondió él mientras extraía un pequeño sobre del bolsillo de su camisa. Carmen hizo lo mismo con una nota que llevaba doblada con cuidado en el interior de la americana—. Son idénticas —dijo Pierre.

Se trataba de un cartón de color ocre, aproximadamente del tamaño de una tarjeta de visita. Marty comenzó a leer por enésima vez el texto.

—«*Omnia in mensura et numero et pondere disposuisti. In-docti discant, et ament meminisse periti. Ex novo. Les mousquetaires*».

—Todo lo dispusiste según el número, el peso y la medida. Que aprendan esto los ignorantes y lo recuerden los expertos. Desde lo nuevo —Carmen tradujo las palabras de su amigo.

—El texto alude a la supuesta armonía universal. ¿Qué crees que se traerá entre manos Patrick? —le preguntó Pierre encogiendo los hombros.

—No tengo ni idea —aseguró Carmen—. Lo busqué en internet y encontré numerosas entradas con esta cita que guardan relación con el libro de la sabiduría, el segmento áureo... Aunque no sea una gran conocedora de estas cuestiones, me casé con un historiador fascinado por su trabajo. Y, por último, ¿cómo debemos interpretar *ex novo*?

—Es una expresión latina que proviene de la antigua Roma. Al parecer, *ex novo* se usaba para indicar que algo, como un determinado proceso o una investigación, debía retomarse desde el principio —aclaró Pierre—. Me temo que hemos de esperar a Patrick para que nos aclare algo más sobre este asunto.

—Es evidente. Por cierto, ya debería estar aquí, ¿no crees?

Marty asintió con la cabeza y miró a su alrededor. En aquellos instantes, la tarde ansiaba dar paso a la noche. Sin embargo,

el sol del mes de agosto oponía aún cierta resistencia a sumergirse en el horizonte. Algunos niños correteaban entre las mesas de las terrazas y un gran número de personas se había acercado a dar una vuelta por el paseo del Espolón, uno de los principales reclamos de la ciudad, situado en la fachada sur de la colegiata dedicada a Santa María la Mayor. Entonces, entre la multitud apareció Patrick Levert. Su aspecto aventurero contrastaba con el resto de hombres que caminaban cerca de él. A pesar de los años transcurridos y del peso que había ganado desde su juventud, Patrick aún conservaba el aspecto de un incansable viajero, un perspicaz explorador en busca secretos sepultados por los siglos.

—Espero que tengáis un buen motivo para haberme sacado de mi excavación de esta manera. He recorrido casi cinco mil kilómetros para llegar hasta aquí —gruñó el arqueólogo mientras se aproximaba a la mesa en la que sus amigos permanecían sentados. Luego esbozó una enorme sonrisa, que delató la inmensa alegría que le producía volverlos a ver.

—Tan cascarrabias como siempre —le reprochó Carmen al acercarse para darle un gran beso en la mejilla—. ¿No vas a cambiar nunca?

—Mi viaje ya ha merecido la pena. Si hubiera sabido que me esperaba un beso como este, ¡habría llegado mucho antes! —exclamó el arqueólogo abrazando con energía a la periodista.

—Avísame cuando la sueltes —ironizó Marty.

—¡Dame un abrazo tú también! —Patrick rodeó con los brazos a su amigo Pierre—. ¿Cómo demonios logras conservarte tan delgado? Qué diablos, yo era igual que tú en nuestra época de estudiantes.

—Eras —sentenció Pierre—. Eras, amigo mío —repitió. Los tres rieron de nuevo mientras se sentaban en la terraza.

—Disculpen, ¿desean tomar algo? —interrumpió el camarero.

—Os recomiendo el vino de esta tierra —apuntó enseguida Pierre—. Yo tomaré otra copa más —Carmen y Patrick asintieron con la cabeza—. Que sean tres copas entonces.

—¿Qué tal continúa tu excavación en Irán? —le preguntó Carmen interesándose por el proyecto arqueológico de su colega.

—¿Mi excavación? Después de tanto tiempo en ese lugar, me siento ya un habitante más del reino de Mannai —contestó Patrick sin demasiado entusiasmo—. En realidad, es mi hijo Michael quien dirige ahora las nuevas excavaciones. Seguro que Helen me habrá hecho ya responsable de que su retoño se encuentre a más de diez mil kilómetros de Nueva York. Pero qué puedo hacer yo... Al muchacho le gusta la aventura —dijo entre carcajadas—. ¿Y tú, Carmen? No creía que fueras capaz de dejar el periódico —añadió arqueando las cejas.

—Eran ya demasiados años en primera línea. Siempre pensando en los demás —subrayó Carmen—. Así que me armé de valor y decidí que ya era hora de dedicarme algo de tiempo, para variar. A veces, me quito el gusanillo colaborando con mi hija Sara en su portal de noticias, en internet. Eso también me permite estar más cerca de ella. Trato de dosificar mis apariciones; tampoco quiero que se harte de mí. Pero desde el accidente y la muerte de Alejandro siento que me necesita. Ella lo adoraba.

—Quién lo diría, Carmen Navarro colaborando con un periódico digital —bromeó Pierre guiñando un ojo a Patrick.

—De acuerdo, adoro el olor a tinta. No quiero bromas con eso, ¿vale? —les advirtió ella—. Por lo demás, tener tiempo para poder hacer las cosas que amas es maravilloso. Por ejemplo, venir a esta bonita ciudad para estar unos días con mis dos grandes amigos. ¿No es formidable? —les preguntó mirándolos.

—Pues ya nos tienes aquí —le dijo Patrick.

El camarero interrumpió de nuevo la escena colocando las copas de vino sobre la mesa. Carmen y Pierre se miraron extra-



ñados. El tono de Patrick parecía sincero y su primera frase al verlos ya les había causado cierta sorpresa.

—¿Les apetece tomar algo más?

—Claro —respondió Patrick—. Llevo meses sin poder disfrutar de una auténtica comida. Me consta que, además, en esta tierra la gastronomía es extraordinaria —dijo mirando a sus amigos—. No olvidéis que mi madre era española.

—No lo olvidamos —respondió Pierre mostrando agotamiento por haber oído su historia en repetidas ocasiones.

—Bien, Patrick, hay algo que no acabo de entender. —Carmen esperó a que se retirara el camarero para continuar.

Marty pidió por todos, buen conocedor de los gustos de sus amigos. La periodista extrajo de nuevo la nota de su americana y se la mostró a Levert. Después, Pierre hizo lo mismo con la suya.

—¿Qué nos tienes que contar sobre este mensaje? Estamos muy intrigados.

—No os entiendo —señaló Patrick tras leer la inscripción en latín y un texto relativo al lugar y la fecha del encuentro—. ¿Queréis contarme algo más? ¿Se trata de una broma? —preguntó confuso—. Venga, no me toméis el pelo, que ya no estamos en la universidad.

—¿Tú no has recibido nada similar? —le preguntó Pierre.

—Pues no, ¿debería haberlo recibido? —contestó Patrick con dudas por si finalmente era una burla de sus amigos.

—Entonces, ¿por qué has abandonado tu excavación y has venido hasta aquí? —continuó Pierre, bajo la atenta mirada de la periodista.

—¿Cómo? ¿Qué demonios os pasa? Tú me llamaste para pedirme que viniera. —Patrick observaba la sorpresa en el rostro de Carmen.

—¿Yo? —preguntó la periodista.

—Bueno, no pudimos hablar en aquel momento. Tengo muchos problemas con mi teléfono móvil en la zona donde estamos trabajando, en las nuevas excavaciones, quiero decir. Pero me dejaste un mensaje en mi buzón de voz pidiéndome que viniera hoy hasta aquí —señaló Patrick—. Decías que se trataba de algo muy importante, algo que podría cambiar nuestra historia.

—Yo..., yo no he dejado ese mensaje —tartamudeó Carmen—. Es cierto que te he telefonado en varias ocasiones a raíz de recibir esta nota, pero sabes que detesto hablar con el contestador automático cuando llamo al móvil de un amigo.

—No se trata de una broma, ¿verdad, Patrick? —le preguntó Pierre sabiendo de antemano cuál iba a ser la respuesta.

—Claro que no, os estoy diciendo la verdad —respondió Levert intercambiando la mirada con sus dos amigos—. Os prometo que no tengo absolutamente nada que ver con esa tarjeta —insistió.

Durante unos instantes, los tres guardaron silencio. No podían comprender qué era lo que estaba ocurriendo. En la nota, debajo del texto escrito en latín, se podía leer *les mousquetaires*. Así es como llamaban otros estudiantes a Carmen, Pierre y Patrick en su época universitaria en París, en honor a su amistad y a la novela de Alejandro Dumas. Y así firmaron también algunos artículos que escribieron para el periódico de la Academia; pero hacía años que no usaban este alias. Alguien había enviado los mensajes con esa firma, y lo más probable era que esa misma persona hubiera telefonado a Patrick Levert para conducirlo hasta España. Desconocían quién podría haberlo hecho y, sobre todo, por qué. Multitud de preguntas los invadieron hasta que, de nuevo, el camarero rompió el mutismo instalado en el grupo.

—Aquí tienen, señores —dijo dejando sobre la mesa las raciones y tapas que Pierre había encargado—. ¿Desean algo más?

—No, así está bien, gracias —respondió Carmen al observar que ninguno de sus acompañantes articulaba palabra.

—Déjame ver esa nota —Patrick extrajo de su bolsillo unas pequeñas gafas de cristales redondeados. El arqueólogo comenzó a leer despacio; no quería que ningún detalle se le pasara por alto—: «Omnia in mensura et numero et pondere disposuisti. Indocti discant, et ament meminisse periti». Números, proporciones, formas... La geometría es el lenguaje en el que está escrito la vida, ¿no es así, Pierre?

—La ciencia y las matemáticas como camino hacia Dios —respondió Marty sin poder asimilar todavía qué estaba ocurriendo—. ¿Quién ha podido enviarnos este mensaje? —preguntó mirando a Carmen.

De pronto, un niño de tez morena, de unos ocho o nueve años, interrumpió las palabras de Pierre.

—¿La señora Navarro? —preguntó con timidez.

—Sí... —respondió Carmen asombrada.

—Un hombre me ha pedido que les entregue este sobre—. El chiquillo lo depositó sobre la mesa y echó a correr. Después desapareció entre la multitud.

—¡Espera! —exclamó Pierre inútilmente mientras perdía de vista al pequeño.

Los tres miraron a su alrededor. Si alguien había pedido a aquel muchacho que les entregara el sobre, era porque los había visto sentados en la terraza. Quienquiera que hubiese sido, debía de haber estado muy cerca, pero había demasiadas personas en los alrededores. La ciudad celebraba las fiestas en honor a san Agustín, su patrón, y las principales calles y plazas estaban abarrotadas.

—Es inútil, hay cantidad de gente. Hemos perdido a ese muchacho —señaló Pierre, que se había puesto en pie de manera instintiva.

—¿A qué esperamos para abrirlo? —preguntó Patrick mientras alargaba la mano para coger el sobre.

El arqueólogo lo abrió de inmediato y extrajo una nota. Tras enderezarse en su asiento, comenzó a leer en silencio.

—¡Patrick!, por favor —Pierre le llamó la atención—. ¿Qué contiene?

—Disculpadme —respondió Levert—. Creo que es mejor que seas tú quien lo lea. —Entregó a Carmen la nota manuscrita.

Al verlo, ella reconoció enseguida la letra de su exmarido. Habían pasado muchos años juntos y sabía que a él no le entusiasaban los ordenadores. Su trabajo como profesor de Historia Medieval en la Universidad Rey Sancho de Madrid lo obligaba a usarlo con frecuencia en las labores de rutina, pero adoraba escribir a mano, así que usaba papel y pluma para documentar todas sus investigaciones. Silvia Guzmán, su secretaria y persona de confianza, había intentado durante años, sin éxito, exponer las ventajas de las nuevas tecnologías al experimentado historiador. Sin embargo, al final era ella quien, con la paciencia de un monje, ordenaba informáticamente los estudios y averiguaciones de Alejandro. Carmen, que casi podía escuchar cómo le latía el corazón, comenzó a leer con voz entrecortada:

Queridos amigos, mis *mousquetaires*:

Si estáis leyendo esta carta (supongo que lo hará mi adorable Carmen) es porque, desafortunadamente, ya no estoy entre vosotros. Desde hace algunas semanas temo por mi vida. Mis últimas investigaciones me han llevado a descubrimientos que podrían cambiar la historia del mundo tal y como la conocemos en nuestros días. Tengo la certeza de que estas averiguaciones han terminado haciendo demasiado ruido y, desde hace algún tiempo, he empezado a recibir mensajes amenazantes con el objetivo de que abandone mis estudios. A mis años, no puedo dejar que el chantaje me impida llegar a conocer la verdad. Me consta que el peligro es real; por eso he organizado este encuentro, para pedir os que continuéis mi labor. Si decidís hacerlo, os ruego que toméis las máximas precauciones. Por seguridad, no puedo revelar más

información en esta nota. El lugar elegido para el encuentro y el mensaje que los tres deberíais haber recibido son el primer eslabón que os permitirá alcanzar la verdad. Formáis un gran equipo. El proceso acaba de empezar. *Ex novo*.

Alejandro Márquez

Los tres estaban atónitos. ¿Era posible que el exmarido de Carmen no hubiese muerto en un accidente, como afirmó la policía? ¿Podrían haberlo asesinado? Pero ¿quién y por qué motivo? Se acumulaban demasiadas preguntas, y la sensación de estar viviendo algo irreal comenzaba a instalarse en el grupo.

—¿Estás bien, Carmen? —le preguntó Pierre rompiendo el silencio—. ¿Carmen? —repitió al ver que su amiga permanecía callada.

—¡Oh! Sí, disculpa, estoy bien. Gracias, Pierre —afirmó finalmente.

La periodista estaba absorta pensando en Alejandro y en su hija Sara. Si resultaba ser cierto, ¿cómo iba a contarle la noticia de que su padre podría haber sido asesinado?

—No puede ser una trampa; la nota es real, es la letra de Alejandro. ¿Qué pensáis al respecto? —les preguntó mirando el manuscrito.

—No sé de qué va esto, pero siempre hemos estado unidos, ¿no? —respondió Pierre.

—Carmen, si tú quieres continuar, lo haremos. Solo contamos con vuestras notas y ese texto en latín, ¿verdad? —añadió Levert.

—Eso y la supuesta carta de Alejandro —matizó Pierre.

—Tampoco debemos olvidar que este lugar, el elegido para el encuentro, es otra de las claves —señaló Carmen—. Desde luego, no es gran cosa para empezar.

—«*Omnia in mensura et numero et pondere disposuisti*» —recordó Pierre—. Todo lo dispusiste según el número, el peso y la medida. Creo que entiendo dónde puede estar la relación y la primera pista que el profesor menciona.

Pierre Marty perdió la mirada en el horizonte. La luna llena que gobernaba el firmamento permitía ver con claridad la vega del Duero. El imponente río surcaba la naturaleza, la creación de Dios. De pronto, se dio la vuelta y clavó los ojos en la cúpula de la colegiata de Santa María la Mayor. Su construcción se inició en el año 1160 bajo el reinado de Alfonso VII, y fueron los Reyes Católicos quienes la erigieron como colegiata. La obra del hombre ejecutada bajo las premisas de la geometría sagrada. Patrick y Carmen observaron la mirada de su colega. Por un instante, pareció que ambos podían leerle la mente: números y proporciones que gobiernan el universo. El movimiento de los astros y el crecimiento de una flor. La estructura de un átomo y la consagración de una cúpula.

—¡La creación de Dios! —exclamó finalmente Pierre Marty con el brazo extendido hacia la inmensa vega del río Duero—. Y la obra del hombre —dijo señalando con el dedo índice la cúpula de Santa María la Mayor. Todo creado bajo los mismos parámetros, las mismas proporciones.

—Me temo que podrías estar en lo cierto. —Patrick se puso en pie y dirigió la vista a ambos lados de aquel asombroso escenario.

—Si ambos estáis de acuerdo, esa podría ser la primera pista —señaló Carmen—, uno de los extremos de nuestro hilo de Ariadna. Espero que tengamos tanta valentía como Teseo para vencer al temible minotauro.

—Y así poder salir con éxito de este laberinto —agregó Levert.

—Debemos hacerlo por Alejandro —dijo Pierre con determinación.

—Estoy de acuerdo. Para empezar, resulta clave averiguar qué estaba investigando el profesor en aquel momento. Eso nos ayudará a continuar desenredando la madeja. ¿Tienes alguna idea de qué podría ser, Carmen? —le preguntó Patrick.

—¡Silvia! —contestó—. Tenemos que hablar con ella cuanto antes. Era su persona de confianza, y mi intuición me dice que pudo ser algo más que eso. Alejandro continuaba siendo un hombre muy atractivo. Silvia ordenaba todas sus investigaciones. Tiene que estar al tanto de sus últimos estudios. —La periodista cogió su teléfono móvil.

—Espera, Carmen —le dijo Pierre sujetándola por el antebrazo—. Alejandro nos advierte en su carta que debemos tomar las máximas precauciones. Tenemos que actuar con tranquilidad y pensar detenidamente cada paso. No olvidemos que alguien podría haberlo asesinado.

—¿Es una persona en quien poder confiar? Silvia, quiero decir... —Patrick dudaba.

—Supongo que sí —tampoco Carmen estaba segura del todo.

—¿Alguien más sabía que ella trabajaba en los estudios del profesor? —preguntó Levert de nuevo.

—No lo creo —respondió Carmen—. Alejandro no solía contarle a nadie sus proyectos. Para descubrir sus hallazgos, siempre había que esperar a que lo publicara en revistas especializadas o en un nuevo libro. Aunque en ocasiones alguno de sus compañeros pudiera intuir qué se traía entre manos, nadie lo sabía con certeza.

—¿Qué opinas, Patrick? —quiso saber Pierre.

—Creo que tendremos que hablar con ella, así que lo mejor es que lo hagamos lo más pronto posible. Si cuenta con documentación de Alejandro, ésta puede resultar clave en el arranque de la investigación —le contestó.

—Podría buscar alguna buena excusa para telefonarla sin que sospeche nada. Dejadme pensar, algo se me ocurrirá —aseguró Carmen.

—¿Y mientras tanto? —preguntó Pierre.

—Creo que debemos entrar en la colegiata de Santa María la Mayor. Allí podría haber algo que arroje luz sobre este asunto —decidió Patrick.

—Entonces tendremos que esperar a mañana. Aprovechemos para descansar; el viaje ha sido muy largo y nos vendrá bien una tregua —Pierre esperaba la aprobación de sus colegas.

—Está bien —dijo Carmen—. Pero no podemos volver al hotel, quizá no sea seguro. ¿Dónde te alojas, Patrick?

—A pocos kilómetros de aquí, en una bonita casa rural rodeada de viñedos. Creo que podría ser un buen lugar para pasar esta noche. Es discreto y, casi seguro, dispondrán de habitaciones libres —dijo el arqueólogo.

—Me parece perfecto —Pierre se mostró de acuerdo al tiempo que Carmen asentía con la cabeza—. ¿Tienes el teléfono a mano para comprobarlo?

—Claro, ahora mismo saldremos de dudas. —Patrick marcó en su teléfono móvil el número que aparecía impreso en una tarjeta publicitaria del alojamiento.

—Casa rural La Beltraneja, ¿en qué puedo ayudarle? —respondió la propietaria al otro lado de la línea.

—Buenas noches, quería saber si disponen de dos habitaciones libres —solicitó Patrick con amabilidad.

—¿Para esta misma noche? Me temo que no, señor. Solo tenemos una habitación disponible.

—Disculpe, ¿se trata de una habitación doble?

—Sí, señor, es una habitación de dos camas. Su precio, con desayuno, es de setenta y cinco euros —le indicó la mujer.

—Perfecto. Mi nombre es Patrick Levert; tengo una habitación reservada en su casa. Me había citado en Toro con dos



amigos y la noche se nos ha echado encima. Estaremos allí dentro de treinta minutos, aproximadamente.

—Muy bien, señor Levert, su habitación estará lista cuando lleguen. Gracias.

—Gracias a usted —Patrick colgó el teléfono—. Bien, tenemos nuevo alojamiento. Será mejor que vayamos a vuestro hotel para recoger el equipaje. ¿Dónde tenéis los coches? —preguntó a sus colegas.

—Lo tengo en el propio hotel —dijo Carmen.

—Ya lo he devuelto a la compañía —respondió Pierre—. Alquilé uno en el aeropuerto para viajar hasta aquí, pero lo entregué al saber que Carmen traía el suyo.

—Entonces haré lo mismo que tú. También alquilé el mío en el aeropuerto. Dejaré las llaves en el buzón de la empresa de alquiler e iré andando a vuestro hotel; no puede estar muy lejos.

Carmen y Pierre Marty caminaron en dirección al establecimiento. Había cientos o quizá miles de personas circulando por las calles. Durante algunos minutos permanecieron sin articular ni una sola palabra. Todo había ocurrido tan deprisa que aún no habían tenido tiempo para asimilarlo. Carmen iba pensando en su hija: dudaba si contarle lo ocurrido. Al final, decidió esperar unos días porque no sabía ni cómo empezar.

—No acabo de creer lo que está sucediendo —Carmen se mostraba nerviosa—. Hasta hace unas horas, simplemente iba a disfrutar de unos días en compañía de mis mejores amigos, y ahora..., ahora sé que mi exmarido pudo haber sido asesinado. Y estamos huyendo sin saber muy bien de qué ni de quién. Es una locura, Pierre.

—Debemos mantener la calma —respondió Marty colocando la mano sobre el hombro de Carmen—. Seguro que mañana veremos las cosas de otra manera.

—No lo sé, todo es tan extraño... Y aquel niño, ¿quién le entregó el sobre con la carta de Alejandro? Podemos estar en peligro.

—Si esa persona hubiera querido hacernos daño, ten por seguro que ya lo habría hecho. Además, ¿para qué nos entregaría el manuscrito de tu exmarido? Eso no tendría sentido —razonó Pierre.

—Espero que estés en lo cierto. Entremos —le contestó Carmen con la voz entrecortada.

Habían llegado a su alojamiento, el hotel Infanta Isabel, en el centro de la ciudad. Ambos solicitaron las llaves de sus habitaciones y se dispusieron a recoger el equipaje. Carmen apenas había colocado algunas cosas en los armarios, así que en poco rato preparó una pequeña maleta y un bolso de mano y se dirigió a la recepción para notificar su salida.

—Buenas noches. Me ha surgido un problema y, lamentándolo mucho, tengo que dejar mi habitación ahora mismo —le indicó a la recepcionista.

—Lo siento, espero que no sea nada grave, señora Navarro. ¿Podemos hacer algo por usted?

—No, no se preocupe, gracias. Solo es una cuestión de trabajo. El señor Marty también dejará su habitación; bajará en breve. ¿Podría decirle que le espero en mi coche?

—Claro, señora Navarro. Espero que volvamos a verla. Que tenga buen viaje.

Carmen salió del hotel y se introdujo en su automóvil. Pronto apareció Pierre Marty portando un pequeño bolso de viaje de diseño francés. Tras sentarse en el coche, abrió la ventanilla y extrajo un paquete de tabaco del bolso de la americana.

—¿Puedo encender un cigarrillo? —le preguntó.

—Claro —le dijo Carmen—, pero creía que lo habías dejado... Salgamos del coche, mejor.

—Acabo de comprarlo. Supongo que la situación ha podido con mi fuerza de voluntad. Volveré a dejarlo cuando todo esto termine, te lo prometo.

—Ya estoy aquí, amigos míos —anunció Patrick justo al volver la esquina y ver a sus colegas—. ¿Nos vamos?

Levert llevaba una pequeña mochila a la espalda. Por sus constantes desplazamientos, estaba acostumbrado a viajar con lo imprescindible.

—Perfecto —contestó Carmen—. ¿Qué salida debo tomar?

—No te preocupes, yo te indicaré —le dijo Patrick mientras Pierre asimilaba que debía posponer su intención de encender un cigarrillo.

Después de poco tiempo y de atravesar varias fincas de viñedos llegaron a la casa rural. A pesar de que había luna llena, la noche impedía ver con claridad todo el recinto; pero parecía un lugar con encanto. Algunos olivos rodeaban el alojamiento y contrastaban con las viñas de los alrededores. Carmen aparcó detrás de la casa. Creían que nadie los había seguido; sin embargo, prefirieron tomar algunas precauciones.

—Buenas noches —Patrick saludó al entrar.

—Señor Levert —la propietaria los esperaba en el recibidor—. Las habitaciones están dispuestas, la suya y la de sus amigos.

—Fantástico. La señora ocupará la habitación individual y nosotros la doble —le indicó Patrick.

—Muy bien, aquí tienen las llaves. No se preocupen por los formalismos del registro; lo haremos mañana, cuando hayan descansado. El desayuno lo pueden tomar cuando ustedes quieran. No hay problema con el horario; este es un alojamiento familiar.

—Muchas gracias, muy amable —le dijo Patrick—. ¿Subimos? —preguntó a sus colegas.

—Claro. Buenas noches —respondió Carmen.

Mientras caminaban hacia la escalera de madera que conducía a las habitaciones, la periodista prestó atención a la casa. Era una antigua finca rural, de finales del siglo XIX, restaurada con piedra y maderas de la zona. La luz de las estancias y los cálidos colores de las paredes y techos pronto la sedujeron. No en vano, la decoración la apasionaba. Después del periodismo, el oficio que había absorbido gran parte de su vida, era su segundo amor.

—Mañana nos vemos. Que descanses —Marty se despidió de ella al llegar al rellano de la primera planta.

—Si nos necesitas... —añadió Levert.

—Gracias, Patrick, estaré bien. Gracias a ambos. —Levantó la mano a modo de despedida.

Tras recorrer el segundo tramo de escalones, Carmen entró en su habitación. El largo viaje y lo inesperado del encuentro la habían dejado bastante fatigada. A pesar de ello, no podía conciliar el sueño. Sentía que necesitaba respirar algo de aire fresco que contribuyera a despejarle la mente. Debido a la ansiedad que la atenazaba, se incorporó para abrir el amplio ventanal de la pared sur del cuarto. «¿Cómo ha podido suceder algo así?», pensó mientras apoyaba los brazos en el marco de madera de la ventana. Aprovechando el silencio de la noche, trató de tranquilizarse centrándose en su respiración y observando el firmamento. Así permaneció durante varios minutos.

*Ex novo*, Alejandro... —susurró contemplando las estrellas.

## Capítulo 2

# La Puerta del Mediodía

La mañana amaneció espléndida. La primera en despertar fue Carmen Navarro. Los rayos de sol del nuevo día se filtraban a través de las cortinas entreabiertas de la habitación. Un tanto perezosa, la periodista se levantó y abrió la ventana de par en par. Tras inspirar profundamente, cerró los ojos. Durante algunos segundos, centró toda su atención en el canturreo de un buen número de pájaros, que reposaban sobre una enorme higuera centenaria que presidía el patio de la parte posterior de la casa. Entre ellos, destacaba el canto aflautado y melódico de un mirlo común, que parecía querer llamar la atención de todos los huéspedes. Carmen permaneció inmóvil un rato más, sintiendo cómo la brisa de la mañana le enjuagaba el rostro. El contacto directo con la naturaleza siempre le hacía reflexionar sobre el modo de vida que había llevado en Madrid. A pesar de ser una declarada urbanita, con frecuencia se cuestionaba si el ajetreo, las prisas y el estrés de los años pasados había merecido la pena. Al menos durante un momento olvidó todo lo sucedido el día anterior y disfrutó de unos instantes que le parecieron mágicos.

—Buenos días, ¿cómo está? —oyó de pronto. La voz provenía del patio de atrás de la vivienda—. Disculpe, no la habré asustado... Soy Canto, la propietaria.

—No, no... Buenos días —respondió Carmen desde la ventana—. Hace un día precioso. Estaba disfrutando de todo esto. No suelo tener la oportunidad, ya sabe.

—Claro, me lo dicen muchos clientes. Las ciudades devoran a las personas; por eso yo adoro el campo. Aquí el tiempo transcurre de otro modo. ¿Desea desayunar ahora?

—Sí, estaré abajo dentro de quince o veinte minutos. Por cierto, nunca había escuchado su nombre. ¿De dónde procede? —le preguntó con curiosidad.

—Es natural, solo podrá oírlo aquí, en la ciudad de Toro —le aclaró la mujer—. Proviene de la Virgen del Canto, que es nuestra patrona. Si dispone de tiempo, no deje de visitar su ermita. Verá qué bella es su escultura labrada en piedra.

—Lo haré. Hasta ahora. —Carmen se despidió con la mano y se retiró de la ventana.

Pensó en darse una ducha y preparar el equipaje antes de bajar al comedor. No sabía si permanecerían en la ciudad de Toro algún día más; pero, de cualquier modo, era mejor cambiar de alojamiento. Si en verdad Alejandro había sido asesinado, sería necesario tomar todas las precauciones. De repente, lo ocurrido el día anterior se apoderó de nuevo de ella. Sus pensamientos parecían flotar como una multitud de burbujas de jabón: la nota en latín, la llamada a Levert, la cita y, en especial, el manuscrito de su exmarido. La historia parecía transcurrir como si se tratara del guion de un largometraje. Entonces alguien golpeó la puerta de su habitación.

—¿Carmen? —la llamó Pierre Marty. Su marcado acento francés era inconfundible.

—Buenos días, Pierre —Carmen, envuelta en una toalla de ducha, abrió un poco la puerta—. ¿Ya estáis preparados? —le preguntó.

—Sí, ya bajamos a desayunar. ¿Quieres que te esperemos?

—Tenéis permiso para comenzar sin mí. Pronto estaré con vosotros.

—No tardes —le dijo Levert—. A las diez abren la colegiata; lo he leído en un folleto turístico que hay en la habitación. Sería bueno que pudiéramos estar allí cuanto antes. Aún no sabemos qué debemos buscar.

—Descuida, Patrick, bajaré enseguida —respondió ella y cerró la puerta.

Ambos bajaron al salón principal de la casa. El sol lo invadía gracias a unos enormes ventanales que daban al patio trasero de la vivienda. Al ver llegar a sus huéspedes, la propietaria también entró en el comedor.

—Buenos días. ¿Han descansado bien? —les preguntó sonriendo.

—La habitación es muy acogedora —respondió Patrick.

En realidad, no había sido así. Todo lo que sucedió el día anterior les había agitado demasiado como para poder conciliar el sueño con normalidad, pero Levert quiso ser cortés al responder a su anfitriona.

—Me alegro mucho. Ahora les traeré el desayuno. Mientras tanto, si son tan amables, me gustaría que cumplimentaran esta ficha de cliente. Es un requisito legal, ya saben.

—Claro, siempre llevo encima mi pluma —le dijo Pierre—. Por cierto, la señora Navarro bajará dentro de un momento y se sentará con nosotros.

—Sí, gracias. Hablé con ella esta mañana. En cuanto aparezca por el salón, serviré su desayuno. —Canto se retiró a la cocina.

—Tenemos un largo día por delante —comenzó a decir Pierre—. Hemos de encontrar alguna pista que arroje luz sobre este asunto.

—Es cierto, amigo mío —respondió Patrick acariciándose la barbilla—. Pero antes disfrutemos del desayuno. No se puede comenzar una aventura con el estómago vacío, ¿no crees?

—Buenos días de nuevo —dijo Carmen desde la puerta del salón.

Había cambiado el traje del día anterior por unos tejanos y una camiseta. Llevaba el pelo recogido y unas gafas de sol encima de cabeza, que le sujetaban el cabello.

—Aquí estoy, chicos, lista para empezar la jornada. Espero que el descanso os haya venido bien.

—¡Vaya! —exclamó Pierre—. Anoche dejamos en su habitación a la señora Navarro y hoy ha bajado Carmen, la intrépida reportera... —añadió en tono jocosos.

—La periodista siempre está dentro de mí, Pierre. No importa cómo vaya vestida —bromeó Carmen. Luego guardó silencio para indicar que cambiaba de tema—. Esta noche he pensado mucho —les confesó con media sonrisa—. No voy a decir que tengo miedo, pero no sé lo que vamos a encontrarnos ahí fuera. Aun así, considero que esta investigación merece la pena. Alejandro tenía que estar detrás de algo muy importante. Tenemos que hacerlo por él y por mi hija. Si su padre hubiera sido asesinado, debemos averiguar por qué, saber qué ha ocurrido, llegar hasta la verdad.

—No te preocupes, Carmen, somos amigos desde hace más de cuarenta años y no vamos a dejarte sola en este asunto. Estaremos contigo hasta el final —le aseguró Marty.

—Estoy de acuerdo con Pierre. Sabes que siento muchísimo lo que le sucedió a Alejandro. Pero debo seros sincero: estoy cansado de la excavación. Son demasiados años, y ahora mi hijo está al frente del proyecto. El aventurero que aún vive en mí necesitaba un episodio como este, algo que me permitiera estar otra vez en primera línea, y qué mejor que hacerlo por ti, Carmen, y por tu hija —afirmó Levert.

—Aquí está su desayuno —interrumpió Canto—. Espero que todo sea de su agrado.



Dejó sobre la mesa zumo, tostadas recién hechas, aceite de oliva virgen, bollería artesanal y unos monumentales tazones de leche.

—¿Aceite de oliva? —le preguntó Pierre con curiosidad—. Pensaba que era una costumbre del sur de la Península, más andaluza, quiero decir.

—Está bien informado. Pero todos los productos son de la región, incluido este maravilloso aceite de oliva. Por cierto, el pan está recién hecho. Mi marido lo trae a primera hora de un pueblo cercano. ¿Todos tomarán café?

—Sí, por favor —respondió Carmen con rapidez mientras Pierre asentía con la cabeza.

—Para mí también —dijo Patrick alzando la mano derecha.

—Muy bien, ahora mismo se lo traigo.

—El desayuno tiene un aspecto fantástico. — Levert observaba la mesa.

—Sí, ha sido todo un acierto alojarse en esta casa rural —añadió Pierre.

—Una lástima que tengamos que dejarla tan pronto. Disfrutadlo. En cuanto acabemos este delicioso almuerzo nos pondremos en marcha —Carmen habló con decisión.

—Perfecto, tenemos el equipaje preparado en la puerta de nuestra habitación. Solo debemos subir y recogerlo —señaló Pierre.

—El mío ya está en el coche —le dijo ella fingiendo un gesto de arrogancia.

—Siempre un paso por delante, Carmen —bromeó Patrick.

Se echaron a reír. A pesar de todo, adoraban estar juntos y querían aprovechar al máximo los días restantes. Una vez acabaron aquel formidable desayuno, Pierre y Patrick bajaron el equipaje y subieron al automóvil de Carmen.

Lograron aparcar muy cerca de la colegiata. Pierre tomó su cámara fotográfica. Quizá fuera necesaria para recordar algún

detalle y, además, serviría para mimetizarse entre los turistas que revoloteaban por esa parte de la ciudad.

—Bien, ya estamos aquí —dijo Patrick.

—Entremos, no hay tiempo que perder —manifestó Carmen con energía.

—¿Alguien ha pensado qué debemos buscar en concreto? —preguntó Pierre conociendo de antemano la respuesta que le darían.

—No lo sé —Carmen estaba indecisa—. Tal vez alguna inscripción, algún detalle arquitectónico... Tiene que haber algo por lo que Alejandro nos trajo hasta aquí.

—Pero ese detalle también podría estar en el exterior del templo —apuntó Pierre.

—Yo diría que está tanto en el interior como en el exterior —Patrick parecía más seguro—. Desde mi punto de vista, la clave está en ese cimborrio hexadecagonal. Observad la construcción: es de clara influencia bizantina. Diría que fue una solución improvisada de última hora; pero, sin duda, es el elemento más destacado de la colegiata y responde a un planteamiento matemático de la arquitectura —concluyó.

—Podrías estar en lo cierto —le dijo Pierre—. He leído que el cimborrio tiene sus orígenes en los que poseen las catedrales de Salamanca y Zamora.

—Un momento. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? —Carmen extrajo de su bolso el sobre de Alejandro.

—¿Qué ocurre, Carmen? —le preguntó Pierre.

—Hemos leído la nota decenas de veces, y no parece que haya nada extraño —dijo Levert aproximándose a la periodista.

—No, no es la nota manuscrita lo que quiero volver a ver, sino el sobre —Carmen estaba visiblemente nerviosa—. Cuando Sara era una niña y Alejandro estaba de viaje, solía escribirle cartas. Siempre incluía algún mensaje oculto en el sobre. Era una especie de clave para que adivinara el regalo que le traería.

Siempre pensé que a Sara le entusiasmaba más aquel juego que el propio obsequio. ¿Me prestas tu encendedor, Pierre?

—Claro. ¿Crees que puede haber algo escrito? —le preguntó sorprendido.

—Ahora lo comprobaremos. —La periodista acercó el papel a la llama, sin permitir que se quemara.

Poco después comenzaron a aparecer las primeras letras, hasta que, finalmente, en el envés del sobre pudieron verse un par de líneas escritas. Aunque con cierta dificultad, Carmen comenzó a leer.

—«Bajo la mirada de los tres reyes, se abrió la puerta del Mediodía. Yavé abandonó el templo junto al *maior-domo* de la *fortis salmantina*».

—¿Yavé abandonó el templo? —Pierre alzó las manos con su pregunta.

—Vayamos por partes —respondió Patrick intentando recordarlo palabra por palabra—. La puerta del Mediodía: esa debería ser nuestra primera pieza para montar el puzle.

—Explicáte, Patrick. —Carmen clavó los ojos en los de su amigo.

—Existen numerosos documentos antiguos que aluden a la puerta del Mediodía como una puerta divina, o de origen divino, y, lo que es más importante —Levert hizo un breve silencio—: En todos los casos está ubicada en la fachada oeste del templo.

—Si estamos en la fachada norte, la puerta oeste debe de estar en aquella dirección. —Carmen extendió el brazo derecho.

—No perdamos el tiempo, vayamos hacia la puerta —indicó Marty.

—Hay otra cosas más —les advirtió Levert mientras caminaba siguiendo los pasos de Carmen.

—¿Otra cosa más? —La periodista se detuvo y se dio la vuelta.

—Sí, se trata de la *fortis salmantina* —apuntó Levert.

—Vamos, Patrick, suéltalo de una vez —le exigió Pierre.

—No se impaciente, señor Marty. La *fortis salmantina* es otro nombre de la catedral vieja de Salamanca —respondió Levert—. Durante el siglo xv se divulgó un adagio que trataba de elogiar las cuatro catedrales más importantes de la época: *fortis salmantina*, *sancta ovetensis*, *dives toletana* y *pulchra leonina*.

—Déjame pensar... Así que Yavé, es decir, Dios, ¿abandonó el templo acompañado de un mayordomo de la catedral de Salamanca? —indagó Carmen.

—De eso se trata —respondió Pierre—. Alejandro utilizó claves para desvelarnos su investigación y tenemos que descifrarlas para poder continuar. Si hubiera querido transmitírnos algo directamente, lo habría hecho desde el principio.

—Eso es cierto. Y hablando de continuar, ¿vamos hacia la puerta? Estoy deseando ver qué nos encontramos allí —dijo Patrick abriendo los brazos de par en par.

Caminaron hasta llegar ante la fachada oeste de la colegiata. En aquel espacio se hallaba un impresionante pórtico con la coronación de la Virgen como composición principal.

—Es una maravilla —Levert lo observaba con detenimiento—. Se corresponde con la fotografía del folleto que había en la casa rural. Leí que su construcción se suspendió y tuvieron que pasar varias décadas para que se retomara la obra, bajo el reinado de Sancho IV, cuando el gótico ya se había instalado en la Península —puntualizó.

—Así es. Los relieves representan la vida de la Virgen, de Cristo y del Juicio Final —añadió el veterano historiador.

—Mirad ahí —indicó Carmen—. Hay una inscripción en las columnas del arco de entrada—: [EL MAIORDO MO QVx MAX QISIE-REPAX /// ADELAXXNTE]. No es posible entender la inscripción completa, pero nombra a un mayordomo, al igual que la nota de Alejandro. ¿Crees que puede significar algo? —preguntó mirando directamente a Patrick.

—Tratándose de arquitectura religiosa, supongo que tendríamos que pensar en el significado de la mayordomía cristiana —Levert se acarició la barbilla—. Un mayordomo era la persona que ejercía la administración sobre los bienes que un dueño le confiaba. A esto hay que añadir que, desde el principio, la Biblia enfatiza la posición de que todo es de Dios y nada es nuestro. Por lo tanto, podríamos concluir que el mayordomo era aquel que administraba un bien de Dios —concluyó elevando los ojos al cielo.

—Entonces, el mayordomo de la *fortis salmantina* era la persona que administraba la catedral, ¿no es así? —preguntó Carmen.

—No lo creo —respondió Levert—. Más bien se trataría de una persona que gobernaba un determinado bien ubicado en la catedral. Aunque no lo podemos saber con certeza.

—Hay un detalle que no acabo de entender —señaló Pierre—. Si el mayordomo pertenece a la catedral de Salamanca, ¿por qué está en la colegiata de Santa María la Mayor de Toro?

—Buena pregunta... —dijo Carmen.

—¿Quién demonios lo sabe? Podría tratarse de algo muy valioso por lo que el mayordomo vino hasta aquí —respondió Levert—. Lo más lógico, en principio, es que recibiera el objeto o el bien en su propia casa, es decir, en la catedral de Salamanca.

—Según la nota de Alejandro, fue el propio Dios quien abandonó el templo. ¿Qué puede ser más valioso? —bromeó Pierre mientras levantaba ambas manos.

—Pierre, por favor, estamos tratando de descifrar este jeroglífico —le reprochó Carmen—. Centrémonos en el pórtico.

—De acuerdo. Aún nos faltan los tres reyes y, aunque no los he contado, debe de haber muchos más sobre esos cimacios y en las arquivoltas —indicó Pierre.

—Si no me equivoco, ya tenemos uno. Este es el pórtico de la Majestad —aclaró Levert.

—¿Y los otros dos? —quiso saber Carmen.

—Déjame ver... —Patrick escudriñaba cada centímetro cuadrado de la puerta.

—¿Puedes reconocer las esculturas? —le preguntó Pierre con incredulidad.

—Sí, creo que sí, aunque me puedo equivocar en alguna. Apóstoles, mártires... Claro, tenían que estar ahí —dijo el arqueólogo sonriendo.

—¿Y bien? —Carmen miró a su amigo con fijeza.

—David y Salomón —respondió Levert satisfecho.

—David y Salomón —repitió Pierre—. «Omnia in mensura et numero et pondere disposuisti». Creo que, por fin, algunas cosas empiezan a tener cierto sentido —añadió un tanto eufórico.

Tenían la tímida sensación de que la primera pieza podría haber encajado. La nota que recibieron Carmen y Pierre y la vinculación histórica de los reyes David y Salomón con la geometría sagrada era un hecho innegable. Sin embargo, no acababan de creer que en aquello estuviera la huella de Alejandro, sino más bien al contrario: parecía que las incógnitas comenzaban a multiplicarse. ¿Qué investigación podría haber estado llevando a cabo el profesor? Durante unos instantes, ninguno quiso romper el silencio que se había instalado a su alrededor, interrumpido solo por el ir y venir de los turistas. Recorrían con los ojos, una y otra vez, el pórtico de la Majestad. Buscaban algún detalle, alguna señal que pudiera iluminar el camino para poder continuar con la investigación. Finalmente, Patrick Levert tomó aire y, colocando las manos a ambos lados de la cintura, se dirigió a sus compañeros.

—Mucho me temo que estas son nuestras únicas pistas hasta el momento. Todo parece indicar que el rastro nos conduce a Salamanca, a su catedral, la *fortis salmantina*. El mensaje oculto en el sobre es ahora nuestro máximo guía, ¿no os parece?

—Estoy de acuerdo contigo, Patrick —respondió Pierre—. Quizá debamos examinar la colegiata con más detenimiento

aprovechando que estamos aquí, pero lo que hemos averiguado hasta ahora, que no es demasiado, parece conducirnos a la catedral vieja.

—Muy bien —aprobó Carmen—. Vosotros sois mis guías. Pero no olvidéis que aún tenemos pendiente la llamada a Silvia, la secretaria de Alejandro. Podría ser clave en la investigación. Como os dije, ella solía estar al tanto de todos sus trabajos. Creo que es el momento de llamarla.

—Carmen, piensa bien cómo abordarla. No estamos seguros de su papel en este asunto y debemos procurar que no se alarme —le aconsejó Marty.

—No te preocupes, Pierre, seré cauta —extrajo de su bolso el teléfono móvil—. Anoche pensé en una buena excusa para poder llamarla sin que le extrañe. Podéis quedaros tranquilos; no creo que sospeche nada.

—Perfecto —contestó Pierre. ¿Tienes su teléfono?

—No, el suyo no, pero ayer conseguí en Información el de la Universidad Rey Sancho. Espero que no esté de vacaciones en este momento y podamos hablar con ella —le dijo Carmen observando la pantalla de su móvil.

—Bien, llámala y salgamos de dudas. —Patrick estaba un poco inquieto por los escasos avances en la investigación.

Un gran número de turistas pululaba por la zona. Carmen Navarro comenzó a caminar hacia el mirador de El Espolón mientras buscaba en su teléfono el número de la universidad. De forma inconsciente, trataba de encontrar algo más de intimidad, ponerse a refugio de posibles curiosos o, quién sabe, de alguna persona que pudiera estar al acecho. Pierre y Patrick se miraron sin entender del todo la actitud de Carmen y, sin mediar palabra, comenzaron a seguir sus pasos manteniendo la distancia que la propia periodista había generado con respecto a ellos.

—Universidad Rey Sancho, buenos días. ¿En qué puedo ayudarle? —contestó la telefonista.

—Buenos días. Quería hablar con la señorita Silvia Guzmán, por favor —respondió Carmen sin dejar de caminar—. No tengo su teléfono directo, ¿sería tan amable de pasarme con ella?

—Un momento, por favor.

—Cómo no. —Carmen comenzó a escuchar una agradable melodía de espera a través del auricular.

Decidió detenerse y, sin pretenderlo, clavó los ojos en el horizonte. En un solo segundo recorrió decenas de kilómetros a lo largo de la formidable vega del Duero, aunque prestaba atención solo al auricular para escuchar la voz de Silvia. Tras unos instantes, ella respondió al otro lado de la línea.

—Sí, buenos días.

—¿Silvia? —Carmen quería asegurarse de que conversaba con la secretaria del profesor.

—Sí, soy yo. ¿Quién es? —respondió la joven.

—Hola, Silvia, soy Carmen, Carmen Navarro. No estaba segura de que fueras tú; no te había reconocido. ¿Qué tal, cómo estás?

—Hola, Carmen, estoy bien —su tono vacilaba entre la sorpresa y la alegría—. Y tú, ¿cómo te encuentras?

—También estoy bien, gracias. El tiempo pasa deprisa y poco a poco nos vamos acostumbrando a que Alejandro ya no está entre nosotros. Nada se para, la vida continúa, ¿verdad? —buscaba la respuesta afirmativa de Silvia.

—Sí, así es. Lo echamos mucho de menos en el departamento. Parece mentira que ya no aparezca por aquí cada mañana —la voz de Silvia empezó a temblar. Trató de contenerse, pero no pudo evitar el llanto—. Era un gran profesor —se esforzó por mejorar el tono.

Carmen siempre intuyó que Silvia y Alejandro habían vivido algo más íntimo que la mera relación laboral. Aquellas lágrimas



parecían ser la prueba definitiva de que pudo haber existido un vínculo especial entre ambos.

—Pero dime, Carmen, ¿en qué puedo ayudarte? —con la pregunta rompió el hilo de la conversación.

Silvia trataba de enfundar sus sentimientos. Sabía que estaba desnudando su intimidad ante la exesposa del profesor.

—Verás, quería darle una sorpresa a mi hija Sara. Sabes que ella adoraba a su padre y que, además, era una gran admiradora de su trabajo. Así que he pensado en recopilar las principales investigaciones y proyectos de Alejandro para poder entregárselo. Pronto será su cumpleaños y, sin duda, sería un gran regalo para ella.

—Claro, por supuesto —afirmó Silvia.

—Alejandro me contó en alguna ocasión —continuó diciendo Carmen— que tú, de modo informal, realizabas la documentación informática de sus estudios. Por este motivo he supuesto que tendrías acceso a sus documentos, ¿estoy en lo cierto?

—Vaya, pensaba que nadie estaba al corriente. Sí, así es. Aunque hay un pequeño problema al respecto: hace unas semanas sufrimos un virus informático. Algún técnico piensa que fue un ataque a nuestra red. Ya sabes cómo son ahora estas cuestiones.

—Entiendo... —respondió la periodista.

—De una u otra forma, el virus, o lo que fuera, acabó con todos los archivos del departamento. Como es lógico, contamos con copias de seguridad y estamos trabajando en su ordenación, pero me costará algo más encontrar qué proyectos necesitas.

—Supongo —Carmen se encontraba un poco intranquila. Parecía demasiada casualidad que un virus se infiltrara en el sistema informático de la universidad—. Permíteme una pregunta: ¿cuentas con un índice actualizado de los trabajos de Alejandro?

—Sí, claro, y guardo también una copia en papel.

—¡Estupendo! —exclamó Carmen—. Quizá podríamos vernos para echar un vistazo al índice y ver qué documentos son

interesantes. Tienes que echarme una mano; estás más al tanto que yo de sus últimos trabajos.

—Me parece bien, así será más sencillo. ¿Cuándo quieres que nos veamos?

Aunque no le apetecía demasiado tener que verse con la exmujer de Alejandro, tampoco podía negarse. La actitud de Carmen con ella siempre había sido impecable.

—Precisamente ahora estoy en Madrid, así que, por mi parte, podríamos vernos esta misma tarde, ¿qué te parece? —Carmen mintió para verla cuanto antes.

Patrick y Pierre, que se habían acercado para poder escuchar la conversación, arquearon las cejas al mismo tiempo. Las palabras de Carmen les causaron un gran desconcierto.

—Me parece perfecto —le dijo Silvia un tanto sorprendida por la premura de la cita—. He quedado para comer con una amiga en el centro, pero sobre las cinco estaré libre. ¿Puedes a esa hora? Hay una cafetería que se llama La Colonial, en la calle Goya, cerca del restaurante, ¿la conoces?

—La encontraré, no te preocupes —afirmó la periodista.

—Podríamos tomar un café y charlar sobre el tema.

—Genial —celebró Carmen—. Esta tarde nos vemos. Muchas gracias, Silvia.

—No hay de qué. Hasta la tarde —le respondió la joven.

Carmen colgó el teléfono móvil. Durante un momento permaneció sumergida en la pantalla. Trataba de repasar la conversación, frase por frase, palabra por palabra. En principio, no parecía que hubiera ningún motivo para desconfiar, sino más bien al contrario. Silvia se había mostrado natural, muy abierta y dispuesta a colaborar. Sus lágrimas al recordar a Alejandro habían sido sinceras, algo que la descartaba aún más dentro de una posible traición al profesor. De cualquier modo, la periodista pensó que debía estar muy alerta en la reunión. Carmen alzó la mirada. Sus amigos permanecían a su lado, como un soldado es-

perando instrucciones de su capitán. Guardó el teléfono y respiró profundamente, dando a entender que se disponía a hablar.

—¿Y bien? —preguntó Pierre un tanto inquieto.

—Me temo que saldré hacia Madrid ahora mismo —les dijo—. Ya lo habéis oído: no he querido perder más tiempo y hemos quedado esta misma tarde para tomar un café y conversar.

—¿Quieres que vayamos contigo? No sabes qué te puedes encontrar... —sugirió Patrick.

—No, no creo que sea necesario. Algo me dice que Silvia no está involucrada en este asunto y, además, nos veremos en una cafetería del centro, ¿qué me podría ocurrir? Pienso que lo más conveniente es que ambos permanezcáis aquí, estudiando cada metro cuadrado de la colegiata. En eso poco os puedo ayudar, seamos sinceros.

—¿Estás segura? —insistió Patrick.

—Sí. Podría existir alguna pista más, algo que no hayamos observado hasta el momento. Es importante que nos aseguremos de ello —ambos asintieron con la cabeza—. Mientras tanto, iré a Madrid para poder hablar con Silvia. Si ella tiene acceso a la documentación, hoy mismo sabremos qué estaba investigando Alejandro. Ésto será determinante.

—Entonces, ¿hablamos esta tarde? —le preguntó Pierre.

—Creo que será lo mejor. Os llamaré cuando termine mi reunión con Silvia. Dependiendo de lo que hayamos podido averiguar, tomaremos una decisión sobre los próximos pasos que dar.

—A sus órdenes, mi coronel —bromeó Levert sacando pecho.

—Esperaremos tu llamada —Pierre también asintió.

—Ten mucho cuidado, Carmen.

—Descuida, Patrick, lo tendré.

Carmen caminó hacia su coche. Tras recorrer unos cuantos metros, se volvió para despedirse de ellos abriendo y cerrando

la mano derecha, un simpático gesto que hacía desde niña. Patrick y Pierre la observaron mientras se alejaba y también movieron las manos en señal de despedida. Ambos se sentían algo intranquilos con la premura de su marcha, pero confiaban en Carmen. Estaban seguros de que sabría cómo manejar el encuentro con Silvia Guzmán. Pronto la perdieron de vista entre las calles, así que decidieron ponerse a trabajar en el encargo de la periodista. Pierre había hecho fotografías de algunos detalles, que quizá podrían servirles más adelante. Entonces, el teléfono de Patrick Levert comenzó a sonar.

—¿Sí? Dime, Carmen.

—Al llegar al coche me he dado cuenta de que me llevo vuestro equipaje. ¿Hay algo que podáis necesitar?

—Vaya, pues creo que no —después preguntó a su amigo—. Pierre, nuestro equipaje está en el maletero, ¿necesitas alguna cosa?

—No, si me promete que me lo devolverá esta noche. Nunca duermo sin pijama —bromeó Pierre.

—¿Carmen? —Patrick se acercó de nuevo el auricular.

—Sí, dime...

—No hay problema, puedes llevártelo. Pero recuerda que ahora esas son todas mis pertenencias —le advirtió el arqueólogo.

—No te preocupes, Patrick, defenderé tu mochila con mi vida si es necesario —la periodista se rio—. Hablamos esta tarde. Un beso.

—Buen viaje, y ten mucho cuidado —insistió Levert.